ROSARIO FERRE: LA POESIA DE NARRAR

Miguel Angel Zapata: *Rosario, hablemos primero un poco de tus primeras publicaciones, de* ***Papeles de Pandora****, y de las publicaciones en cuento y ensayo.*

Rosario Ferré: Mi primer escrito fue un cuento, "La muñeca menor", que se publicó en 1970 en el primer número de una revista literaria que yo editaba en Puerto Rico con un grupo de compañeros estudiantes de la Universidad de P. R. en Río Piedras y que se llamaba *Zona de Carga y Descarga*. Luego, en números subsiguientes publiqué poemas y cuentos adicionales, todo lo cual se recogió en *Papeles de Pandora* que salió publicado en México en 1976. Sin embargo, a pesar de que mi producción ha sido extremadamente variada, para no decir ecléctica (he publicado hasta el presente un libro de cuentos, tres libros de cuentos infantiles, un libro de ensayos de tema literario y feminista, un libro de poemas, una novela y un libro de crítica literaria), me considero fundamentalmente cuentista. Me gusta, ante todo, contar, y de mi vida se puede decir con razón que he vivido el "cuento". En Puerto Rico "vivir el cuento" significa no trabajar, ser un parásito de la sociedad, y esto es cierto, ya que el artista es necesariamente un parásito social, pero también por ello es víctima de la sociedad. Los artistas vivimos de representar aquello por lo cual somos luego sacrificados, ya que la sociedad no perdona a quienes les muestran sus defectos, a pesar de necesitarnos para sobrevivir.

En realidad todas mis obras son cuentos: mis poemas son cuentos en verso, mi novela *Maldito amor*, son cuatro novelas cortas o cuentos largos unidos por varios temas, mis ensayos tienen siempre un hilo narrativo que resulta más interesante que el análisis técnico, etc. Me gusta llamarme a mí misma "cuentista" en lugar de escritora precisamente porque el término es

andrógino. Da igual ser "la cuentista" que "el cuentista" pero no "la escritora" o "el escritor". Entre "escritor" y "escritora" existe hoy todavía un abismo de incomprensión que creo tomará bastantes años más en subsanarse, aunque es alentador pensar que al menos entre ellos se ha establecido ya un diálogo. Entre "cuentista" y "cuentista", sin embargo, no hay diferencias ni incompatibilidades porque ambos viven, se nutren, del gozo de contar.

MAZ: *Pero fíjate que cuando me enfrento a tus escritos me encuentro con que la poesía es la base donde se erigen ese* ***contar*** *ese* ***narrar*** *de que hablas.*

RF: Hay, sin embargo, como señalas en tu segunda pregunta, mucha poesía en lo que cuento. Creo que la poesía, como el cuento, tiene una comunión directa con el mundo del subconsciente; estoy en esto de acuerdo con Cortázar, quien creía que el cuento y la poesía conformaban una actividad no-razonada, mientras que la novela era una actividad que dependía de la percepción racional del mundo y del discurso polémico. Los escritores verdaderamente buenos son aquéllos que pueden combinar la percepción poética del mundo interior con la percepción racional, histórica y política del mundo que los rodea, como por ejemplo Joyce.

MAZ: *¿Existe acaso un verdadero feminismo? ¿Qué opinas de todo esto a estas alturas del siglo?*

RF: La discusión sobre la literatura femenina en los últimos tiempos tiene muchos matices, sin duda algunos de ellos políticos. Hay igualmente algunos hombres como algunas mujeres que se dejan llevar por el prejuicio y el chauvinismo. Ciertos hombres acusan la lucha feminista de ser innecesaria, pues 1) las mujeres ya han alcanzado un estado de igualdad, 2) son inferiores por naturaleza y pretender ese estado de igualdad es un desatino. Algunas mujeres, por otra parte, que albergan resentimientos irrestañables contra los hombres, toman la lucha feminista como estandarte para desquitarse y tomar posiciones igualmente intransigentes. El verdadero feminismo lucha por una mejor comprensión entre ambos sexos, así como por una mayor justicia entre los seres humanos en general.

MAZ: *¿Cuánto tiempo demoras en escribir tus textos: poemas, cuentos, novelas?*

RF: El tiempo que demoro en escribir un texto puede variar grandemente. Mi novela me tomó cuatro años, un cuento de quince a veinte páginas me toma por lo general dos meses; un poema puede tomar dos días,

dos semanas o quizá hasta un mes. Si un texto no se resuelve enseguida, la experiencia me ha enseñado que dejándolo de lado se resuelve solo. O sea, que cuando lo vuelvo a retomar cuando se ha "enfriado", puedo ver con claridad cuál es la forma que buscaba. Llamo a este proceso "darle gaveta" a las cosas, o sea, dejarlas en el cajón de mi escritorio por un tiempo (ahora, las dejo en el cajón mágico de la computadora). En esa oscuridad silenciosa ellos (los poemas, cuentos, etc.) sacan nuevas raíces y tallos, tal y como si fuesen alubias o granos que sembramos en la tierra. Cuando abro la gaveta siempre me llevo una sorpresa: ¡el poder generativo de la vida es maravilloso! Lo saco de la gaveta, el poema me mira y me dice *aquí estoy, qué prisa tenías*, no podía ser de otra manera. Entonces saco el lápiz y le corto todos los tallos y ramas secas en un dos por tres, porque es evidente que no le pertenecen. Es quizá por esta manera de trabajar que nunca he dejado un texto comenzado sin terminar. Me da pena, una vez concebido el poema o el cuento, una vez que le he tirado un anzuelito desde este lado de la conciencia, dejarlo volando en los líquidos del Limbo, y si no ha logrado nacer a la primera, siempre regreso a él y le doy una ayudita para acabar de sacarlo del estanque.

MAZ: *Hace poco me comentabas que estabas leyendo a E. Bowen, ¿verdad?*

RF: Al presente estoy leyendo a Elisabeth Bowen, una escritora irlandesa y católica que murió hace alrededor de diez años. Me encantan sus novelas y cuentos, y sobre todo "The Death of the Heart", una novela sobre una niña de diez y seis años que viene a vivir a Londres a casa de unos parientes que no la quieren. Me gustan mucho las novelas sobre niños, como por ejemplo *What Maisey Knew* de Henry James; o *Un mundo para Julius* de tu compatriota Bryce Echenique. Con esta autora me pasó algo muy curioso. Hace ya más de veinte años, cuando cursaba mi último año en Manhatanville, tenía una monja profesora de literatura inglesa a quien yo quería y admiraba. En esa época no existía el feminismo como se entiende hoy, pero ella me recomendó la obra de Elisabeth Bowen, a quien entonces nadie conocía. Para mí en aquella época no existían diferencias de sexo en la literatura, y aunque nunca olvidé su recomendación, había un sinnúmero de otros libros que me interesaba leer. Me tomó todos estos años llegar a leer su obra, pero ahora que lo he hecho, entiendo mucho mejor a Mother O'Gorman, y la respeto aún más. Ella era una adelantada del feminismo, aunque el lenguaje del feminismo entonces no existía y nunca hablamos de ello.

MAZ: *¿Y Cortázar?*

RF: Escribí mi tesis sobre los cuentos de Cortázar; ensayo que al presente es un libro intitulado "Cortázar y el sentimiento romántico". Mi interés por Cortázar tiene que ver con mi interés por el cuento fantástico, y porque a mi parecer este tipo de cuento tiene una relación muy directa con el análisis del subconsciente. Opino que la literatura femenina se ha interesado siempre por el mundo interior más que por el exterior, y en este sentido Cortázar, en sus cuentos, es un escritor que comparte la sensibilidad femenina. El género fantástico, por otra parte, me interesa porque yo también lo he cultivado en mi propia obra. Tengo varios cuentos fantásticos; "La muñeca menor", "El cuento envenenado" y "El regalo" son todos cuentos que tienen que ver con la manera en que el poeta se relaciona analógicamente con el mundo exterior *metamorfoseándose en aquello que canta*. Es sólo por medio de este procedimiento mágico, gracias al cual el poeta se transforma en shamán, que podemos ofrecerle al lector una manera de entender mejor el mundo, de reconciliarse con él.

MAZ: *¿Qué está pasando con tus últimas publicaciones, **El eco de las sombras**, por ejemplo, y otras ahora que te inundan las palabras... o te abandonan?*

RF: Al presente sólo tengo el libro sobre Cortázar, que aún estoy reescribiendo, y un nuevo libro de poemas (*El eco de las sombras*), que se encuentra sin terminar. El problema de las publicaciones muy seguidas no creo que sea fatal. Creo que el número de libros que uno escribe o publica a lo largo del tiempo tiene que ver con las épocas de nuestra vida: hay ciertas épocas en que estamos en contacto más directo con ese poderoso caudal de energía que anima la creación. En esas épocas es cuando somos enormemente felices: somos como pescadores sentados a la orilla de un río lleno de peces, que tiramos de seguido el anzuelo al agua y los sacamos a la luz. En otras épocas el río se achica y los peces son menos, y es necesario ser pacientes y esperar nuevamente la llegada del Monzón. Para ese regreso vivo; mientras tanto leo, medito, escucho a Mozart y me reúno con amigos que también pescan y esperan, y que como tú durante mi reciente visita a California, me llevan a pasear a Napa Valley y me regalan una rosa hurtada en la enredadera de la vida a la hora del té.

Contracanto

nueve años ha que se dilata la contienda.
nueve años ha que se debaten,
entre el terror al estruendo de la guerra
y la ambición incorrupta de la gloria,
aqueos y troyanos, a punto de yacer como inmortales
entre los brazos de la purpúrea muerte,
escuchan ya en el éter el silbido
que abre de par en par las sienes,
la sombra del venablo que separa
la cadera del hombro y el brazo de la espalda,
el canto de saeta que atraviesa
el vigoroso cuello
para asomar, lengua de plata, entre los dientes.
pisando la polvareda de la fama
dejan en la inapresable niebla ya la huella
de sus futuros gestos y sus actos.
convocada por Príamo y sus sabios, pisa
Helena, con tembloroso pie, la borrascosa torre
(sentados en hilera como cicadas
los ancianos arengan a las tropas
y le muestran, desde su altura,
el aterrador ordenamiento de los mundos).
de espaldas al anchuroso mar, ese camino que ciega
a los incautos con su inconstante polvo de diamantes,
reposan los griegos;
el dorso hacia las sonoras torres.
a la higuera divina y a las nobles puertas,
descansan los troyanos, todo es sosiego, todo es paz.
indolentes sobre sus labradas armas, las legiones observan
los reflejos de las amapolas,
limpias aún de toda mácula.
una razón reclama tanta gloria prometida,
una razón que limpie y justifique,
como un hilo de fuego, la pavorosa trama
que allí se desenvuelve:
un rostro cuya belleza incite
a ese cumplimiento de las flechas
que tejen sobre el campo la batalla,

inevitable aún por invisible.
un rostro en que se olvide hasta el olvido,
que arrastre en su cendal mortífero de plata
la marea de otros rostros ya apagados,
de las esposas ya casi transparentes, inclinadas
sobre el fuego del hogar,
de las ruinosas estancias y de las eras estériles,
de los lentos arados conducidos por fantasmas
que abren surcos al ritmo de la luna
para sembrar el llanto.
un rostro que no coma pan ni beba vino,
un rostro abandonado desde siglos por la sangre
y por la sal, un rostro incorruptible,
indiferente al tiempo que teje sobre él
la filigrana de los hilos de la vida,
un rostro de inmortal.
Helena es ese rostro.
con veranos de oro la inventaron
Homero y sus aedos, el ciego que aún inclina
su canto sobre el pavoroso estallido de su lira.
al borde del abismo y de la gloria,
aqueos y troyanos la contemplan
brillar sobre las tropas.
oculta tras su máscara de oro,
Helena les devuelve la mirada;
a sus pies el vanidoso Paris
reviste de leopardo sus delicadas carnes
y exige le sea devuelto el usufructo
del rubí rubicundo de su sexo.
Menelao, su antiguo dueño, mueve
la arrogante testuz a campo abierto,
y ruge su honor dolido ante la pérdida
de sus caderas, sus pechos y sus brazos,
resonantes como odres de riqueza.
arde el viento y tiemblan las murallas:
humillada por los hechos que presencia,
eclipsa Helena el rostro entre los pliegues
de su llameante clámide escarlata,
y apostrofándose a sí misma con dolido acento
exclama lo siguiente:

"¡Oh Helena,
la que naciste entre las alas de la blanca Leda

no embalde Némesis, al contemplar tu suerte,
huye hoy despavorida de su engendro!
¡Que lo que aquí observas te convenza
de que a uno u otro lado
de tu oscuro corazón contrito
vuelan las dos caras de una misma muerte!
el pálido Paris, a quien en prenda diste dulce vida,
y Menelao, el Atrida de Oro,
te revelan hoy juntos la verdad funesta
de tu ya esfumada y arcádica existencia:
del uno fuiste la consumada cortesana
que rige, desorbitado el lecho, su destino,
entre los lienzos bramantes del delirio;
del otro fuiste la hábil intendenta
de ese oro que acumula en lentas gotas
el avaro tálamo nupcial.
mas he aquí que en esta hora
en que todo lo comprendes y presientes,
el remordimiento de haber sido lo que fuiste
y la nostalgia de no seguirlo siendo,
adivinas en el confín de este horizonte
la certidumbre de un tercer tormento;
aqueos y troyanos, la noble flor
y nata de la juventud antigua, los mancebos
altos como fresnos, los retoños de los reyes
y las parcas, los tiernos como ciervos y los pardos
príncipes del Asia, perfumados de especias,
los delfines herederos de diademas,
los primogénitos y los bastardos hijos
de Argólida feliz,
los varones consumados en el ávido
ejercicio de la guerra, los forajidos de hierro
ya maduros, y entrados en sazón,
los de largas melenas que arrastran por el polvo
su desdén por la derrota fiel, los que llegaron
en sus vinosas naves a saquear a Troya
y a enviudar sus calles, y los que hoy
a Troya defienden, empinando sobre las altas torres
el silbido diamantino de sus arcos,
los que cubren hoy de mar en mar el Escamandro
antes de teñir de múrice su arena milenaria,
los que a tus pies braman, bullen, hierven,
alrededor de las flores de la gloria,

pretenden que en tu nombre hoy brillen,
derribadas por el campo, las estatuas
cuando destilen sangre;
que por tu amor se ahite las entrañas
la dura tierra con la carne de los héroes;
que en tu recuerdo el galgo, el jabalí y el lobo
despedacen, en el remolino de sus cuellos,
los recuerdos de otros hombres y otros tiempos;
que las furias pavorosas se desplacen
con yerta majestad sobre las calles
de dilatada sangre, y zumben, sobre los cuerpos derramados,
tu mórbida victoria.
¡Ay de ti, Argiva Helena o Helena la de Troya,
porque hoy el universo te reclama
su encarnizada reina!"

a la décima hora del décimo año,
cesa por fin la tregua.
en la llanura atérida relucen
aqueos y troyanos, vestidos de fulgurante bronce.
baten en alto la alegría de las espadas,
y se entregan por fin al goce de la guerra
(sentados en hilera los ancianos
pronuncian su sentencia: he aquí un rostro
que bien valdrá una guerra).
en lo alto de la torre, Helena
acerca la plata de su daga al delicado cuello:
rueda de él la primera rosa
de sangre que se derrama en Troya.
nadie la ve, nadie la oye.
indiferente a lo que Homero cantaría en su nombre,
la oscuridad cuajó sobre su rostro.